



Escuela hoy

Este verano, muy cerca ya el comienzo del nuevo curso escolar, tuve la oportunidad de participar en una polémica cuyo tema principal era el descontento de un grupo de padres hacia la forma en que se plantean en líneas generales la organización de los colegios públicos de nuestro pueblo.

Las limitaciones que se ponen a la participación de los padres en la elaboración de proyectos curriculares y planes de centro que únicamente se presentan para su aprobación a través de los Consejos Escolares a los que considera totalmente ineficaces y que suelen pecar de excesivamente teóricos y responden más a un criterio estético de cara a la Administración que a la realidad que se suele llevar a cabo en los Centros. La negación a la posible implantación de la jornada única que ya se debate en otros puntos de nuestra Autonomía. La organización de actividades extraescolares o la excesiva matrícula de algún centro en concreto en los cursos de preescolar fueron cuestiones que se catalogaron como deficientes y se insistió en la necesidad de una evaluación del trabajo del profesorado y del centro como el aspecto más importante a tener en cuenta.

Entre todas estas cuestiones entre las cuales la que concierne a la excesiva matrícula en los cursos más bajos se ha discutido ya de sobra, -desde el momento en que Manzanares oferta suficientes plazas escolares- lo único que habría que pedirles a los padres es una mayor coherencia a la hora de la protesta, estamos de acuerdo en su libertad y el derecho de elegir para sus hijos el colegio que más les guste pero no vayamos a repetir con otros colegios, lo que ocurrió en su día con el C. P. «San Blás» atendiendo a criterios que

no tienen nada que ver con la calidad de enseñanza y si con determinados prejuicios sociales.

Matrículas aparte, de todo lo citado anteriormente sea quizás lo más interesante el último punto que atiende a una evaluación constante de los centros ya que la eficacia de nuestro trabajo debería pasar forzosamente por la evaluación, entendiendo como tal no solo los objetivos que pretendan conseguir nuestros centros sino todas las variables que influyen en la enseñanza: profesorado, familia, proceso de aprendizaje, medios...

Este proceso que tendría que ser abierto, implicaría que en cualquier momento podría ser cuestionado por profesores, alumnos, padres y Administración y por lo tanto una renovación permanente, sin embargo esto que en teoría no es fácil, en la práctica lo es menos aún porque implica un cambio a muchos niveles.

Los profesores somos reacios a que se nos evalúe. Personalmente no encuentro razones por las cuales se pueda evaluar el trabajo de cualquier persona y no el mío. El argumento según el cual el proceso educativo es algo permanente cuyas manifestaciones no se dan de una forma inmediata, sino a largo plazo, no me parece suficientemente sólido desde el momento en que no puedo modificar el aprendizaje de mis alumnos sin evaluarlos y sin evaluar conjuntamente mi propio trabajo.

Por otro lado los Consejos Escolares deberían ser el marco de referencia en que se mueve la política del centro. Generalmente, ni padres, ni alumnos, ni profesores en ocasiones tienen información suficiente, que les permita tomar decisiones coherentes. La Administración por su parte, da

normas que no siempre cumple y que muchas veces están sujetas a otro tipo de intereses que no son forzosamente los de los alumnos. Los padres y sus asociaciones suelen ser los enemigos naturales del profesor y viceversa y los primeros suelen achacar a los segundos que cuando cierran las puertas de sus clases se convierten en los dueños del cortijo y no dan cuenta a nadie de sus actos.

Con este panorama la solución menos mala vendría dada por tanto, por el trabajo en grupo de aquellos profesores, padres y alumnos que estén interesados en que se ofrezca una enseñanza de mayor calidad. Quizás esto pueda parecer utópico pero lo que está claro es que lo que la actual reforma exige es la formación de personas que reproduzcan por un lado los comportamientos e ideologías de nuestra sociedad y por otro conducir a un sentido crítico y liberador que haga alumnos más autónomos, por lo tanto los centros educativos tienen que abrirse a una enseñanza participativa y esto siempre supone un riesgo. Riesgo para los profesores que tendrán que cambiar sistemas de enseñanza, procedimientos, actitudes y rutinas aprendidas y ejercitadas durante años. Riesgo para los padres, porque sus hijos van a aprender otras cosas, y sobre todo de otra manera, que les hará ser distintos a como los adultos esperamos que sean.

Independientemente de que la LOGSE vaya a ser un éxito o un fracaso, la revisión constante de nuestro objetivos y la crítica de nuestro trabajo debería ser el gran reto de nuestros colegios junto a un diálogo abierto con todos los componentes de nuestra comunidad, en este terreno en el que aún queda tanto por hacer.

Isabel Romera